



MODERNIDAD, MODERNIZACIÓN E INTEGRACIÓN CONTINENTAL

Göran Therborn

Modernización y modernidad

Dado que ‘modernización’ significa literalmente nada más que actualización, y probablemente sea mejor mantener estrictamente este sentido, hablaré primero sobre modernidad. Este concepto define una época, un determinado período de tiempo como moderno. De manera similar a la mayoría de las discusiones serias de las ‘cosas modernas’, la modernidad se desarrolló como una noción estética durante el curso del siglo XX, probablemente más empleada en su forma alemana *Moderne*. En las ciencias sociales, el sustantivo fue utilizado raramente hasta el desafío posmodernista de la década de 1980.

Entre sociólogos siempre en disputa, no se ha alcanzado una definición consensuada de modernidad; por ello, la que ofrezco aquí es una propia y se basa en dos criterios. En primer lugar, la definición no debe ser idiosincrática, sino que debe relacionarse directamente con el significado de las palabras en el lenguaje cotidiano –en este caso, el sentido del adjetivo ‘moderno’. En segundo lugar, el concepto debe poder propiciar e incentivar preguntas de investigación y no solo proveer un sinónimo nominal.

La palabra pertenece al latín post clásico y significa “de hoy”, es decir, se refiere a una designación temporal. En otras

palabras, no denota ningún contenido sustancial del presente.

La modernidad, convertida en un concepto generador de investigación, debe ser entendida como una época que da la espalda al pasado –hacia la sabiduría y belleza de los ancianos–, valorizando el presente y aspirando a crear un futuro, nunca antes visto ni vivido. Esta definición, pues, ofrece una serie de interrogantes: ¿cuándo empezó la gente a rechazar la autoridad de sus predecesores, de su pasado? ¿Cómo y por qué ocurrió este enorme cambio cultural?

Para ser fructíferas, tanto para el análisis social empírico como histórico, estas preguntas generales deben ser, por supuesto, desagregadas en otras más específicas. Para comenzar, a menos que asumamos apriorísticamente que la modernidad ocurrió de manera simultánea como un fenómeno universal, debemos analizar diversos sectores de la cultura humana, tales como el conocimiento y la ciencia, el arte y la estética, las concepciones de historia e historiografía, la política y la teoría política, etc.

Otro conjunto de preguntas concierne el alcance territorial: ¿cuándo, cómo y por qué una cultura orientada hacia el futuro triunfa en un lugar específico? Este interrogante territorial, en cambio, podría suscitar otro, referido a las esferas culturales, al relacionar regiones sin necesariamente asumir

que los adelantos en la modernidad estén distribuidos de manera desigual entre las distintas dimensiones de la actividad humana.

Para la última pregunta he ofrecido un criterio. La victoria de la modernidad debería ser datada desde el triunfo de la política moderna, en otras palabras, a partir de una concepción novedosa de la política, dado que el poder político es la fuerza de última instancia en un determinado momento del tiempo. Concretamente, esto alude a la afirmación del estado nación, de la noción que el poder político no deriva de Dios ni de un conjunto de legítimos descendientes de gobernantes, sino de la soberanía del pueblo/la nación. Este es un hecho moderno decisivo, porque rompe con la autoridad tradicional y porque el futuro es visto como algo abierto a un desarrollo nacional sin precedentes.

Ahora tenemos otra nueva pregunta: ¿los estados-nación emergieron de la misma forma en el mundo? Y si la respuesta es no (como es correcto decir, desde un punto de vista empírico) ¿los diferentes recorridos hacia la modernidad tuvieron efectos sociales perdurables? Según la evidencia empírica, la respuesta al último interrogante es afirmativa. Europa ha seguido una ruta muy distintiva hacia la modernidad, cuyos efectos aún se encuentran entre nosotros.

La especificidad de la modernidad europea

La modernidad siempre surge, de una forma u otra, a través de conflictos sociales y culturales. Lo que determina el resultado puede tener antiguas raíces. Religiones salvacionistas de temporalidad lineal como el Judaísmo, el Cristianismo y el Islam pueden haber implicado ventajas sobre concepciones religiosas cíclicas como el Hinduismo y el Budismo o expresiones de una espiritualidad más atemporal como aquellas del África o la racionalidad del Confucianismo. Por otra parte, las primeras podrían haber ofrecido fuerte resistencia al cambio debido a su autoridad canonizada e institucionalizada. Además de todo ello, por más de miles de años, la historia mundial no fue percibida en términos lineales por cristianos, musulmanes y judíos.

El sistema familiar europeo fue, claramente, un facilitador del cambio moderno, con sus normas de libertad de casamiento (o no), su regla de descendencia (mayormente) bilateral, su norma europea occidental de neo-localidad, sus poderosos agrupamientos ocupacionales y territoriales sobrepasando linajes, debilitando la sujeción de hierro de la tradición. Pero en la historia, de hecho, no presentó por sí solo un fuerte cuestionamiento a la autoridad tradicional, ni siquiera en el caso de la familia patriarcal.

La primera expansión colonial transoceánica impulsada por las potencias europeas, la segunda ola de globalización, no fue un avance de la modernidad, sino una expresión del belicismo medieval, expresado claramente en el caso de España y del Tratado Papal de Tordesillas, que dividió la América conocida de la época entre España y Portugal. Pese a ello, los descubrimientos coloniales llevaron a los europeos más allá de los confines de su antiguo mundo, fortaleciendo la concepción moderna del conocimiento, aunque las rupturas científicas modernas estuvieron centradas en la física y la medicina más que en la geografía y la botánica.

En este punto debemos abandonar el debate –todavía muy

abierto– sobre las causas de la modernidad europea para centrarnos en el cómo más que en el por qué.

La ruptura política moderna con el pasado revistió diferentes formas y ocurrió en diversos momentos en las distintas partes del mundo. En un trabajo empírico sobre el derecho al voto¹, se me ocurrió que todas estas diferencias podrían sintetizarse en cuatro senderos hacia la modernidad, definidos por las líneas de conflicto por y contra lo nuevo, entre la modernidad y la tradición, entre modernidad y anti-modernidad. Pueden distinguirse en términos analíticos y, consecuentemente, empleados no solamente para agrupar países, sino también como tipos ideales, dos o más de los cuales pueden haber ocurrido en un país en particular. ¿Cómo surgió la nueva cultura política? ¿Internamente, en una sociedad determinada, o impuesta e importada desde afuera? ¿Cuáles eran las fuerzas de lo ‘nuevo’? ¿Un nuevo estrato dentro de la sociedad determinada, una fuerza externa o una fracción de la antigua élite interna? ¿Dónde se encontraban las principales fuerzas de la anti-modernidad, de la autoridad tradicional y la sumisión, dentro o fuera?

En esta línea argumental podemos distinguir cuatro configuraciones conflictivas principales en el mundo. Originalmente, emergieron como generalizaciones empíricas, pero dado que pueden situarse en un espacio de propiedades lógicas, pueden emplearse también como tipos ideales. No todas las combinaciones lógicas han sido empíricamente relevantes, pero los cuatro caminos más relevantes hacia la modernidad fueron trazados y abiertos de la siguiente manera.

Caminos hacia/a través la modernidad por la localización de fuerzas y culturas favorables y adversas.

	Pre/Anti-Modernidad	Pro-Modernidad
	Interno	Externo
Interno	Europa	Forzado Importado y Aprendizado
Externo	Nuevos mundos	Zona colonial Modernización reactiva

Nota: Ejemplos de países con modernización reactiva o externamente inducida son Japón, la China de los Qing, el Imperio Otomano/Turquía, Irán, Siam/Tailandia.

La novedosa orientación hacia el futuro de las últimas centurias emergió primeramente en Europa, no como la emanación natural de la civilización europea, sino como resultado de conflictos internos, principalmente del noroeste europeo. En otras palabras, la ruta europea fue la de la guerra civil, violenta o no, que fue testigo de la lucha entre las fuerzas de la razón, de la Ilustración, de la nación/pueblo, de la innovación y del cambio contra aquellas las verdades eternas de la Iglesia, de la sublime sabiduría y la belleza de la filosofía antigua y del arte, del derecho divino de los reyes, de los antiguos privilegios de la aristocracia y de las costumbres de los padres y abuelos. Estuvo, a su vez, vinculada al ascenso del comercio, del capital y de la industria, construida sobre la base de la acumulación colonial de ultramar.

En los Nuevos Mundos donde se asentaron los europeos,

la anti-modernidad fue, en el surgimiento de las corrientes modernas, percibida principalmente como algo externo. En Norteamérica se la ubicaba en las metrópolis conservadoras, en Gran Bretaña, mientras que en América Latina, en España y Portugal. Poco a poco fueron los ‘otros’ locales de las nuevas sociedades los que adquirieron el carácter de anti-modernos: los nativos, los esclavos y los ex-esclavos. La independencia liberó de las antiguas metrópolis, pero quedó pendiente qué hacer con los ‘otros’ locales; de hecho, los modernos de los Nuevos Mundos nunca lograron liberarse de este tema.

Para la zona colonial, desde el noroeste de África hasta el sudeste asiático, la modernidad llegó, literalmente, con el batir de las armas, con la conquista colonial, subsumiendo las fuerzas internas de la tradición. El colonialismo de los estados modernos, es decir, de los europeos de los siglos XIX y XX, significó la imposición de la modernidad desde afuera luego de vencer a las autoridades nativas tradicionales. Pero la modernidad colonial europea impuesta consistió, en realidad, en una mezcla de impulso moderno muy reducido y de neo-tradicionalismo –sostenida por “reglas indirectas” e identidades étnicas codificadas junto a leyes consuetudinarias. El colonialismo japonés del siglo XX en Taiwán, Corea y Manchuria fue mucho más consistentemente modernista, favoreciendo la educación masiva y la industrialización. La modernidad ya no fue llevada adelante por los invasores, sino por las nuevas generaciones de nativos, de ‘*evolués*’, quienes aprendieron de sus conquistadores –sobre la posibilidad de cambio y desarrollo, sobre naciones, sobre pueblos, sobre derecho– y, en contra de sus mismos amos, crearon un nacionalismo anti-colonial. Este es el camino hacia la modernidad por medio de la rebelión anti-colonial.

Los países que experimentaron la modernización reactiva fueron desafiados y amenazados por la dominación colonial y, enfrentada a esta situación, parte de la elite local comenzó a importar innovación. Aquí, la modernidad se desarrolló como una reacción preventiva por parte de la élite interna que se sentía amenazada por los extranjeros, imponiéndose desde arriba a la población bajo lineamientos tradicionales. El proyecto modernista en este caso fue un intento conservador orientado a fortalecer la capacidad de la población para defender un estado existente. Inicialmente fue, por lo general, sólo concebido en términos militares, mediante la adquisición de armas modernas, tecnología y una organización militar. Pese a ello, el programa fue ampliado prontamente hacia la tecnología económica, la educación, el transporte, la salud pública y las instituciones políticas. Una nueva y poderosa forma de cohesión social fue su objetivo central, al concebirse como clave de la impresionante fuerza de las potencias imperialistas. El Japón de los Meiji es el ejemplo más claro de este camino, pero no el único, como atestiguan la China de los Qing, la Corea de Josen y el Siam de Chulalongkorn, el Imperio Otomano, el Egipto de Mohamed Ali y sus sucesores, Persia y Abisinia.

Las rupturas modernas sucedieron en diferentes esferas culturales en diversos tiempos. El estado nación europeo se impuso a través de un largo proceso de conflictos prolongados. La Revolución francesa constituyó el evento continental decisivo en el establecimiento del rumbo; pero en Inglaterra el proceso había comenzado con las revoluciones del siglo XVII y la victoria final llegó recién en los años 1917 y 1918, con la caída de los imperios dinásticos de los Romanov, los Habsburgos y los Hohenzollern.

Con la Revolución francesa, tanto la teoría como la práctica política y las instituciones se convirtieron en modernas. Conceptos como el de “reforma” y “revolución” perdieron su significado original –inscripto en el sentido literal del prefijo “re”– y fueron transformadas en claves para el futuro. Con anterioridad a la Revolución, de algún modo, el Iluminismo escocés, en el trabajo de John Millar, continuado por Adam Smith, había brindado a la historiografía europea una perspectiva evolutiva, anunciando la emergencia de una nueva sociedad “comercial” que reemplazaría las anteriores, agrarias y cazadoras-recolectoras.

En el ámbito de la ciencia y del saber, la ruptura moderna fue anterior, a inicios del siglo XVII, cuando Francis Bacon y René Descartes depusieron la antigua autoridad de Aristóteles y se abrió así un nuevo campo de investigaciones empíricas. En las artes y en la estética se han dado diversas rupturas y cambios, siendo el más decisivo y radical aquel que tuvo lugar entre mediados del siglo XIX y la mitad del XX, desde la poesía de Baudelaire, el destronamiento de la pintura histórica por parte de los impresionistas –seguido por una serie de quiebres dramáticos hasta el expresionismo abstracto del New York de la década de 1940–, la ruptura con el repertorio arquitectónico antiguo y medieval por parte del *Art Nouveau* (y el modernismo catalán) y posteriormente por el funcionalismo y el estilo corporativo internacional.

Efectos persistentes de los caminos europeos y americanos hacia la modernidad

Nación

En una perspectiva global, dos aspectos de la nación europea son remarcables. El primero es el anclaje en una historia popular y territorial, diferente del mandamiento del poder del príncipe. Las naciones europeas declaman ser los (mayoritariamente) nativos de la tierra. El segundo es su carga cultural pesada y distintiva, con el lenguaje hablado como centro, la lengua nativa individualizada por Herder en el siglo XVIII, que ha sido central para la tradición nacional europea desde entonces.

La dimensión política de la nación –importante para la nación de los “ingleses nacidos libres”– fue desarrollada principalmente por la corriente republicana francesa a partir de la Revolución, bajo la modalidad de una nación explícitamente abierta a los no-nativos. Sin embargo, luego del abrazo de la Revolución a todos sus simpatizantes, el dominio del idioma francés devino un requisito para todos los ciudadanos de Francia, generando un programa a gran escala de transformación de los “campesinos en franceses”. La creación de los lenguajes nacionales, es decir, su conformación a través de la estandarización de diversos dialectos y de la codificación gramatical y ortográfica, se convirtió en la mayor tarea de los intelectuales de las pequeñas naciones europeas del siglo XIX, desde los Balcanes hasta Noruega. Allí donde fue posible, los lenguajes minoritarios fueron expulsados de la cultura nacional. La nación europea es, ante todo, una comunidad histórica lingüística.

Los estados de asentamiento externo (*settler states*) de las Américas tuvieron que crear nuevas naciones, que utilizaron mitológica y emblemáticamente ejemplos históricos como recursos simbólicos para su construcción –el antiguo republi-

canismo europeo en el caso de Estados Unidos, experiencias históricas católicas y precolombinas como la inca y la azteca en el caso de la América Hispánica. Sin embargo, no reclamaron una historia nacional y compartieron su idioma con las metrópolis coloniales.

Las naciones de asentamiento tienen dos concepciones de nación entrelazadas que las diferencian del resto de las naciones del mundo. La primera es que los nativos, los habitantes de larga data del territorio, no pertenecen a la nación (o pueden ser admitidos solamente bajo ciertas condiciones). Incluso su mera existencia ha sido muchas veces negada y el territorio antes de los conquistadores ha sido considerado como *terra nullius* (tierra de nadie) o, como en algunas tempranas concepciones sionistas, como “tierra sin pueblo” que espera a un “pueblo sin tierra”.

La otra idea, vinculada a la primera, es la de la nación como un club, en el cual los miembros deseables pueden, y deben, ser reclutados. La inmigración pautada, desde Europa, fue una dimensión crucial de la construcción de la nación. Como lo atestiguan los discursos latinoamericanos, en Brasil como en Argentina, por ejemplo, el reclutamiento fue definido como “blanqueamiento” y como acto “civilizador” de la nación. Durante mucho tiempo, solamente personas del exterior, los descendientes europeos, fueron considerados ciudadanos plenos de las nuevas naciones de las Américas y Australia.

Democracia y el pueblo

El establecimiento de la democracia moderna demoró mucho tiempo, tanto en Europa como en las Américas, y su historia no fue lineal, sino, por el contrario, marcada por retrocesos e interrupciones dictatoriales. ¿El gobierno debe representar al pueblo o es un derecho divino de los reyes? ¿Quién posee el derecho de representar al pueblo? ¿Cuántos derechos políticos deben ser acordados al pueblo y a sus representantes? Llevó muchos años encontrar una respuesta a estos interrogantes en Europa; de hecho, 350 años, desde la guerra civil inglesa del año 1640 hasta el sufragio universal en Suiza, en 1971, la democratización de la península ibérica a mediados de la década de 1970 y la tardía aceptación por parte de los regímenes comunistas de elecciones competitivas a finales de la década de 1980. Incluso los principios de elección popular del gobierno y de “democracia”, aun con ambigüedades en su interpretación, tomaron largo tiempo para conquistar Europa. El primero, recién lo logró luego de la Primera Guerra Mundial; el segundo, con la derrota del fascismo.

Los motivos por los cuales tomó tanto tiempo, y tantas revoluciones, esta conquista es una historia demasiado compleja para ser resumida aquí. Pese a ello, subyace en todo el proceso que el gobierno representativo en Europa tenía que ver con el ordenamiento interno socio económico fundamental de la sociedad, alrededor del cual existieron numerosos conflictos de intereses, bien organizados, tanto los antiguos, heredados de las tradiciones medievales, como los nuevos, ocasionados por una sociedad industrial en rápida evolución.

En el Nuevo Mundo de las Américas, los derechos y la representación del pueblo fueron principios declarados en las guerras de independencia. Aquí la interrogante crucial no fue de estilo europeo (¿en qué medida los derechos pueden confiarse al pueblo?), sino ¿quién es el pueblo? ¿Cómo pueden

ponerse en marcha los derechos políticos?

¿Eran los esclavos, ex-esclavos, e indígenas parte de ese pueblo, cuyos derechos proclamaban las declaraciones de independencia y nuevas constituciones de corte ilustrado?

No, obviamente, no. La secesión de los asentamientos coloniales dio origen a una cultura política única, caracterizada por una enorme distancia entre la retórica y la práctica política. Mientras la primera era universalista (libertad, gobierno del pueblo, derechos del hombre e igualdad), la segunda era particularista (no solamente en términos de género —un particularismo universal por largo tiempo—, sino primordialmente racista e institucionalmente manipulativa). Más allá de la derrota de los amos de esclavos en la guerra civil norteamericana, en términos raciales, el sufragio universal no fue establecido en ese país hasta 1968-1970, más de dos siglos luego de la independencia.

Los latinoamericanos fueron, en general, menos furiosamente racistas que los norteamericanos, pero la esclavitud permaneció en Brasil (hasta 1888) por más tiempo que en Estados Unidos, y la exclusión explícita de los analfabetos en el derecho a voto fue mantenida en Chile, Perú y Ecuador hasta mediados de la década de 1970, y en Brasil hasta el año 1989.

Un rasgo, no exclusivo de las Américas, pero sí de importancia única como mecanismo de contención, fue la manipulación electoral por medio del fraude. Por ello, la más larga, sangrienta y socialmente profunda revolución del hemisferio, la mexicana del año 1910, se inició como una modesta proclama de “sufragio efectivo y no reelección” (del presidente), y la marca distintiva de la democracia argentina no es el sufragio universal, sino la ley Sáenz Peña del voto secreto. El Sur de partido único de los Estados Unidos no legisló oficialmente que los afroamericanos no tenían derechos políticos, pero se sustentó en reglas arteras y prácticas fraudulentas para asegurarlo.

Religión

En Europa, en los conflictos religiosos internos, las iglesias establecidas, tanto la católica como las protestante y ortodoxa, se encontraron del lado de las tradiciones anti-modernas que resultaron ser perdedoras. Este posicionamiento se estableció por primera vez con la guerra civil inglesa y con la Revolución francesa, pese a que en sus comienzos revolución contó con hombres del bajo clero en sus filas, como los abades Sieyès y Grégoire. En el siglo XIX, el papado se convirtió en el centro del anti-modernismo europeo. El protestantismo se dividió entre la Alta Iglesia, conservadora, y la Disidencia, frecuentemente de un moderado progresismo, que fue la amplia base de sustentación de los liberalismos anglosajón y alemán, mientras que el liberalismo de los europeos y americanos latinos tendió más bien al secularismo anti-clerical. La posición anti-modernista tuvo altos costos para las iglesias europeas, y de hecho, Europa es hoy la región más secularizada del mundo. Sin embargo, han existido excepciones donde la iglesia se ha convertido en el principal portavoz de la nación contra los poderes extranjeros, habitualmente modernizadores. Ello sucedió en las católicas Croacia, Irlanda, Lituania, Polonia, Eslovaquia, en los Balcanes ortodoxos y en la Irlanda del Norte protestante.

En las Américas, los protestantes disidentes de Nueva

Le llevó mucho más tiempo a la modernidad política europea establecer una agenda para la integración política transnacional que al África post-colonial. Este comparativo retraso europeo en trascender el estado nación, de hecho, tiene que ver con la concepción europea de la nación como comunidad lingüística histórica, mucho menos maleable que las nociones americanas de los pioneros transoceánicos y conquistadores, o que las naciones africanas delimitadas solamente por las fronteras y la historia colonial.

Inglaterra se concibieron a sí mismos como constructores de un nuevo orden social, “una ciudad sobre una colina”, y como la vanguardia del reino de los cielos. No existió una cúpula eclesiástica identificada con el dominio británico. Aun hoy Norteamérica es el centro rico de la religiosidad del mundo.

En la América hispánica, el nacionalismo fue habitualmente liderado por sacerdotes, como Hidalgo y Morelos en México, o bien recibió sus formulaciones del clero². Los nacionalistas mexicanos combatieron bajo la bandera de la Virgen de Guadalupe, quien apareció por primera vez en 1531. La iglesia había sido atacada por los Borbones hispánicos durante la segunda mitad del siglo XVIII y no fue una línea de defensa del poder real español. La Ilustración logró penetrar en parte del clero, quien habitualmente se identificaba más con los indígenas que con el poder español, como en el caso de las misiones jesuíticas del Paraguay. Si bien el anticlericalismo de inspiración europea llegó más tarde a América, la religiosidad ha permanecido como un rasgo central de la vida social latinoamericana.

Dios es más importante para los americanos que para los europeos, para los Estados Unidos que para Irlanda, para los brasileños que para los portugueses, para los descendientes de la Nueva España que para los de la Vieja España, para los argentinos que para los italianos o españoles, para los canadienses que para los franceses o ingleses.

Clase, etnicidad y desigualdad

En Europa, el desafío de la modernidad se concentró, en particular, en los privilegios hereditarios de la aristocracia y en el alto clero, y en la sociedad estamental, en general. La última fue gradualmente sustituida por una sociedad de clases industrial. La Revolución francesa reemplazó las prerrogativas y derechos de los estamentos por una ciudadanía común nacional y la redistribución de la tierra modificó la distribución del ingreso y de la riqueza. La noción de “clase”, reemplazando el “rango” cultural y ceremonial, emergió como el concepto central del análisis social europeo luego de la Revolución francesa al referirse a la nueva desigualdad interna de las sociedades nacionales fundada en la economía. Las relaciones y conflictos étnicos y raciales fueron marginales en la Europa Occidental mientras que, por el contrario, fueron importantes en el Este.

De la dialéctica del capitalismo europeo emergió también

con posterioridad la fuerza de la igualdad –si no del socialismo, como Marx había previsto. Europa es la región menos desigual del mundo, especialmente al este de las islas británicas, el oeste de Polonia y al norte de los Alpes.

En las Américas, se consideró la igualdad humana como ‘evidente’, tal como lo expresa la Declaración de Independencia norteamericana. Entonces, la cuestión pasó a ser ¿quiénes son los iguales? Y la respuesta, también evidente, fue: los hombres blancos. Pero la igualdad blanca coexistió con la esclavitud negra y la división racial todavía es visible aun hoy en los guetos urbanos. Más aún, la igualdad blanca inspiradora de los padres fundadores de Estados Unidos se refería a la “vida, libertad y búsqueda de la felicidad” y no incluía la faceta económica. Era pues, existencial y social. La ‘clase’ –excepto para las ‘clases medias’, que incluían a todos, menos a los étnicamente pobres y a la élite– siempre ha tenido dificultades para anclar en una sociedad signada por el individualismo de los agricultores pioneros (*settlers*), la inmigración étnica y la raza.

La independencia hispanoamericana también incluyó exultantes declaraciones de igualdad cívica que fueron raramente respetadas. América Latina siempre fue más jerárquica que la América anglosajona, y racialmente jerárquica más que dicotomizada, desde Quebec hasta el Río de la Plata. Ibero América fue, principalmente, la tierra de los conquistadores más que de agricultores pioneros (*settlers*) e inmigrantes. Es hoy una de las regiones más desiguales del planeta, combinando jerarquías sociales latinas con legados de servidumbre indígena y esclavitud negra, las cuales, a su vez, se han incrementado sustancialmente con la ‘informalización’ masiva de los mercados de trabajo post industrial y neoliberales³.

Los efectos históricos de esta realidad persisten aún hoy pero no son, por supuesto, inalterables. En años recientes han existido importantes esfuerzos por parte de gobiernos progresistas latinoamericanos de reducir las desigualdades heredadas. Podrían señalarse otros ejemplos de importantes consecuencias de los caminos hacia la modernidad pero los obviaremos aquí. El argumento principal es que la modernidad, en contraste con la modernización, es un concepto útil para la formulación de preguntas de investigación.

Modernidad e integración continental

La Europa pre-moderna era un subcontinente integrado. Los

Europeos medievales se definían a sí mismos como cristianos, pese a que, desde el año 1054, existía una división entre catolicismo y ortodoxia. El Renacimiento volvió explícitas las raíces culturales y estéticas comunes de la antigüedad greco-romana. En Europa Occidental existía un lenguaje común culto, el latín, y se desarrolló un sistema universitario regional común, desde Bolonia en Italia hasta Upsala en Suecia, desde Salamanca en España hasta Vilnius en Lituania. La legislación ciudadana alemana, primeramente la de Magdeburgo, se expandió hacia el este y fue adoptada en las ucranianas Kiev y Lviv. Las transacciones económicas continentales fueron gobernadas por la *lex mercatoria* de Europa Occidental.

La modernidad europea del conocimiento y de la estética se construyó sobre estas tradiciones y redes pre-modernas, en una comunidad científica que databa del siglo XVII y en la más amplia *République des lettres* de la Ilustración. Newton, Linnaeus y sus colegas aun escribían en latín. Editores e imprentas en Holanda y Suiza conectaban mercaderes ilustrados y nobles de la periferia europea con la vanguardia intelectual a través de servicios postales continentales.

Sin embargo, la nueva era del estado nación y los nacionalismos no incentivó ulteriormente la integración continental, a pesar de las ambiciones de los revolucionarios franceses –o quizás justamente como consecuencia de ellas– y de sus herederos napoleónicos ilegítimos. Sí se desarrollaron alianzas europeas de nacionalistas, como la del Movimiento de la Joven Europa de Giuseppe Mazzini, y las revoluciones interconectadas del año 1848. Pero el principal trazo de la modernidad política europea fueron los nacionalismos rivales, especialmente en el este, nacionalismos salvajes y guerras contra el extranjero, contra los franceses en España y Alemania, y las cada vez más devastadoras guerras entre estados nación, como la guerra franco prusiana de 1870–1871, la segunda guerra de los Balcanes de 1912, y las dos guerras mundiales eurocéntricas.

Diferente fue la realidad americana, donde Bolívar propició la integración continental. Pese a que sus resultados no fueron contundentes, es importante resaltar que la Conferencia Panamericana de 1889 fue el primer esfuerzo político continental en el mundo. No ha habido equivalentes europeos a los ‘momentos’ latinoamericanos del Centenario, del movimiento estudiantil de 1917 o del Día de la Raza. La Organización de los Estados Americanos (OEA) de la segunda posguerra es anterior tanto al Consejo de Europa como a la Comunidad Económica Europea, es decir, la actual Unión Europea.

En el mundo post colonial emergió un vigoroso sueño panafricano impulsado por Kwame Nkrumah, el primer presidente del primer estado postcolonial subsahariano, Ghana. Impulsó en 1960 la Organización por la Unidad Africana, que se transformaría tiempo más tarde en la Unión Africana –en una tentativa, hasta ahora poco exitosa, de emular a la Unión Europea. El pan-arabismo, secular y moderno, fue también una fuerza en el mundo árabe anti y post-colonial que se difundió con anterioridad a la Segunda Guerra Mundial hacia el Este por medio del partido Baath. Posteriormente, fue impulsado en las décadas del '50 y del '60 por el líder egipcio Gamal Abdel Nasser y su concepción del socialismo árabe. El nasserismo fue destruido por los israelitas en 1967; ellos derrotaron y marginaron también los movimientos baathista en Siria e Irak, quienes rápidamente degeneraron en máquinas de represión interna recíprocamente hostiles.

En el moderno camino de la modernización reactiva, las

tardías ideologías modernizantes del Japón del siglo XIX lanzaron la proclama “fuera de Asia”, percibida como un continente del atraso, reclamando la entrada en un universo intercontinental de modernidad. Posteriormente, luego de la Segunda Guerra Mundial (o, como la llaman los japoneses, la Gran Guerra del Pacífico), Japón, como un nuevo poder imperial, jugó la carta pan-asiática, una concepción imperialista de integración continental cultivada también por sus aliados nazis alemanes, la “Neuropa”.

Resumiendo, la modernidad política no tuvo lazos fuertes e intrínsecos con la integración continental. El papel pionero lo tuvo Simón Bolívar y los primeros pasos fueron dados en las Américas. Le llevó mucho más tiempo a la modernidad política europea establecer una agenda para la integración política transnacional que al África post-colonial. Este comparativo retraso europeo en trascender el estado nación, de hecho, tiene que ver con la concepción europea de la nación como comunidad lingüística histórica, mucho menos maleable que las nociones americanas de los pioneros transoceánicos y conquistadores, o que las naciones africanas delimitadas solamente por las fronteras y la historia colonial.

Trascendiendo los conflictos de la modernidad

Los intentos de integración europea posteriores a la Segunda Guerra Mundial no tenían que ver con la ‘modernización’, sino con una forma para superar los conflictos intra-europeos de la modernidad, especialmente las tres guerras franco alemanas de 1870-1871, 1914-1918 y 1939-1945. Adicionalmente, la integración fue una modalidad para enfrentar la nueva geopolítica de la modernidad, donde Europa iba perdiendo centralidad a favor de Estados Unidos y Rusia, además de fracasar como poder imperial en Asia.

Con respecto a las aspiraciones y esfuerzos pan-americanos, pan-africanos y pan-asiáticos, el proyecto europeo fue extremadamente exitoso. ¿Por qué? Permítanme enumerar los factores más importantes, sin ninguna aspiración de proveer una explicación acabada:

1. En su centro se encontraba la reconciliación –y una cooperación permanente, aunque no sin fricciones– entre los dos estados más importantes de Europa, Francia y Alemania, ambos terriblemente debilitados por la Segunda Guerra Mundial. Si bien Francia había oficialmente resultado victoriosa, había sido rotundamente derrotada en 1940 y su fuerza económica era claramente secundaria respecto a la de una Alemania reconstruida. Alemania había sido derrotada en 1945, principalmente por los rusos y los americanos, y fue sometida a una ocupación extranjera. Fue en miras del interés geopolítico francés de confinar a los alemanes a una especie de sistema de control bajo la égida francesa o internacional. Fue en el interés de Alemania Occidental de dar a este *Westbindung* (vinculación occidental) un carácter lo más simétrico posible.
2. El proceso fue puesto en marcha por un grupo extraordinario de líderes políticos, todos ellos católicos y formados en la periferia de sus respectivos estados nación. Robert Schuman, el ministro de asuntos internacionales francés quien lanzara el proyecto, era oriundo de Luxem-

burgo, fuera de Francia. Konrad Adenauer, el canciller de Alemania Occidental, era nativo de una Renania siempre hostil a Berlín y Prusia. Alcide de Gasperi, el primer ministro italiano, quien fue un importante pilar del proyecto, provenía del norte del país y había sido educado en la Viena austríaca⁴. Jean Monnet, otro líder clave, provenía de otro paño, al ser un banquero cosmopolita, un patriota gaulista y un tecnócrata francés orientado hacia Europa. Esta fue una extraordinaria combinación de visiones transnacionales, capacidades políticas y administrativas y ausencia de ambiciones personales de dominio continental.

3. El tercer factor crucial consistió en la humillante debacle del ataque combinado de Francia, Inglaterra e Israel a Egipto y al canal de Suez en 1956. Cuando los americanos convocaron al primer ministro británico Sir Anthony Eden para informar que no apoyaban el ataque, el juego se terminó. La era del imperialismo europeo fue relegada al pasado. Los franceses, aunque continuaban en Argelia, ya habían perdido Vietnam. El Tratado de Roma, que establecía la CEE –actual UE–, casi con seguridad no hubiese sido ratificado de no haber sido por el episodio del canal de Suez⁵.

Europa y modernización

La ‘modernización’ se asentó en la sociología y la ciencia política luego de la Segunda Guerra Mundial como compañera del contemporáneo interés económico en el ‘desarrollo’. Sus presupuestos implícitos consistían en el contraste entre sociedades ‘tradicionales’ y ‘modernas’, y en la creencia en un patrón o modelo universal de cambio, de industrialización, de urbanización, de secularización y de individualización. Es decir, un conjunto de atributos universalmente válidos de ‘tradición’, de cambio modernizador y de sociedades modernas. Implícitamente, se asumía también que estas condiciones y cambios eran endógenos a las sociedades en cuestión. Ambos presupuestos han sido objeto de feroces críticas y cuestionamientos. El primero debido a las diferencias entre diversos tipos de sociedades pre modernas, diferentes caminos hacia la modernidad y diferentes rasgos de las sociedades modernas. El último, a través de la enunciación de las tempranas interconexiones globales que incluyen el desarrollo del subdesarrollo.

Luego de un largo período de hibernación, debido a los ataques de la teoría del sistema mundo y otras perspectivas globales, la ‘modernización’ ha regresado en la sociología alemana como una manera de diferenciar Europa occidental de Europa oriental. Sin embargo, considero que los análisis históricos y sociales son más útiles si se reserva el concepto de modernización para tareas más modestas y específicas en detrimento de una caracterización social general.

En una aproximación más específica y analíticamente manejable, ‘modernización’ remite a procesos de cierre de la brecha, de actualización. Entonces, debemos reconocer que con posterioridad a la Primera Guerra Mundial, fuera del ámbito de las artes y la ciencia, Europa dejó de ser la vanguardia de la modernidad. En términos de organización económica y de patrones y relaciones socioculturales, este rol fue tomado por los Estados Unidos. Tanto la izquierda europea –Lenin, Gramsci– como el centro liberal fueron inspirados y

desafiados por el ‘taylorismo’, el ‘fordismo’, Hollywood y el consumo de masas⁶. Por otra parte, la aspiración de la Europa de la segunda posguerra era no convertirse en otro Estados Unidos⁷.

¿Cuándo y dónde, si es que es así, la modernización se vuelve en parte del proyecto europeo? Parece no haber estado presente en el proyecto del mercado único de Delors de la década de 1980⁸. La respuesta más simple es “solamente en las periferias”, es decir en la Irlanda de los años ‘70, la Grecia, el Portugal y la España de los ‘80, la Europa del Este del 2000. En estos países, la incorporación a la UE ha sido percibida como un medio para cerrar la brecha histórica con los países del centro y un acercamiento al centro. Estos fueron procesos de incorporación muy diferentes a los de, digamos, Gran Bretaña y Dinamarca en la década del ‘70, y los de Austria, Suecia y Finlandia en los ‘90 –en los que no se vio la necesidad de alcanzar el desarrollo de la ‘pequeña Europa’ de los Seis. La agenda de Lisboa de 2010, concentrada en convertir a Europa en la economía del conocimiento más importante del planeta, fue probablemente el primer proyecto continental de modernización. Como sabemos hoy, en 2012, sufrió un rotundo fracaso.

La UE ha jugado un papel extremadamente importante en la integración de las periferias del continente. Cuánto hubiese sobrevivido la democracia en la Europa del Este post comunista sin la UE –la primera organización internacional en convertir la democracia en un requisito indefectible de pertenencia– es un debate abierto. Pero existe también otro interrogante crucial: ¿qué clase de ‘modernización’ ha sido promovida por la UE? Otros autores de este número de la revista discuten sobre estas cuestiones.

La modernización es también, entonces, un tópico de investigación legítimo y relevante, pero se tiene que enmarcar en contextos específicos y no ser empleada como la bandera de batalla de una filosofía de la historia unilineal de corte liberal. Sin embargo, el concepto de ‘modernidad’ no debería ser subsumido bajo uno tan distinto como el de ‘modernización’. La modernidad es un valioso instrumento para formular nuevas preguntas, incluidas aquellas sobre Europa y la integración europea.

Notas

¹ Göran Therborn, “The Right to Vote and the Four World Routes to/through Modernity”, in Rolf Torstendahl (ed.), *State Theory and State History*, London, Sage, 1992.

² Marie-Danielle Demélas, *La invención de la política*, Lima, IFEA & IEP, 2003.

³ Para mayores detalles, ver G. Therborn, *The World*, Cambridge, Polity, 2011.

⁴ Nota del Coordinador Editorial: en 1881, año del nacimiento de De Gasperi, la región del Trentino se encontraba incorporada al imperio Austrohúngaro.

⁵ Para mayores detalles, ver Perry Anderson, *The New Old World*, London, Verso, 2009; Wolfgang Mommsen (ed.) *Der lange Weg nach Europa. Historische Betrachtungen aus gegenwärtiger Sicht*, Berlin, Edition q, 1992.

⁶ Victoria de Grazia, *Irresistible Empire*, Cambridge (Mass.), The Belknap Press, 2005.

⁷ Jean-Louis Cohen, *Scenes of the World to Come*, Paris, Flammarion, 2005; Jacques Delors, *Le nouveau concert européen*. Paris, Odile Jacob, 1992.

⁸ *Ivi*.